

nada en cuenta su ortografía, de tal suerte que un lector de la Alemania del Norte,—sujetándose como es natural á los sonidos de mi idioma patrio,—pueda fácilmente pronunciarlos con la mayor aproximación posible al árabe (1). Más no se puede conseguir, encontrando por mi parte poco práctico emplear en un libro dedicado á un extenso círculo de lectores formas ortográficas cuya significación, convencionalmente fijada por los eruditos, es desconocida por la generalidad. No se achaque, pues, á falta de erudición si encuentran escrito *Sochra* en vez de *Zohra* (2). Especialmente debo

(1) Naturalmente el traductor español ha seguido el mismo sistema para adaptarlos á su lengua patria. (N. del T.)

(2) La *ch* alemana se pronuncia como la *j* española. (N. del T.)

observar que las vocales acentuadas designan el tono principal de la palabra, y, según los casos, también un tono accesorio; si siguen á una vocal dos consonantes, entonces aquella debe pronunciarse corta á pesar del acento; en los demás casos es por lo general larga. *Dh* se pronunciará como *th* suave en inglés en *the*; *th*, fuerte como en *think*; *ch* se pronunciará siempre como en *auch*, nunca, aun después de *e* y de *i*, como en *ich*; *dsh* como *dj* francesas; *w* con sonido vocal como en inglés; *s*, al principio, en medio y al fin de la palabra, siempre suave, como la *z* francesa; y, por último, *ss* y *sz* muy fuerte.

Königsberg, 9 de junio de 1885.

AUGUSTO MULLER

PARTE PRIMERA LOS ARABES

LIBRO PRIMERO LOS ARABES Y EL ISLAM

CAPITULO PRIMERO

ANTES DE MAHOMA

Según refiere la tradición árabe, á fines del siglo v de Jesucristo, Kuleib, hijo de Rabi'as, era el hombre más poderoso de toda la Arabia y caudillo de la importante tribu de los Benu-Táglib, la cual, juntamente con la de los Benu-Bekr, sus próximos parientes, habitaba entonces el Nordeste de la península, desde el desierto sirio hasta lo más interior de la alta montaña de la Arabia central. En repetidas guerras de éxito feliz se habían defendido ambas tribus, en unión con otras vecinas, de los ataques de los dominadores sudarábigos. Ante Kuleib, cuyas proezas oscurecían todas las de los demás, el mismo Amr, hijo de Hodschr, pasó á segundo término, no obstante que su padre había reunido en una gran coalición, poco tiempo antes, á los beduinos de la Arabia central, habiendo perdido su casa, la de los Kindas, durante algún tiempo la hegemonía recientemente adquirida, ya que la mayoría de las tribus aliadas acordó someterse al caudillaje de Kuleib. Mas con el poderío se aumentó, así se dice, la soberbia del héroe, llegando á los últimos límites; y de ahí que hasta en siglos posteriores fuera vulgar entre los hijos del Desierto el dicho: «Mas soberbio que Kuleib de Wá'il.» así se le llamaba del nombre del tronco común de los Bekr y de los Táglib. Había tomado una mujer, Schelila, de la tribu de los Bekr, cuyos hermanos, así como sus parientes más inmediatos, se habían unido tan estrechamente á Kuleib que Schessás, uno de sus cuñados, había plantado su tienda junto á la suya. Este último recibió la visita de una tía suya, llamada Besús, la que, siendo extraña á los Bekr y á los Táglib, estaba por lo mismo bajo el amparo y protección de su sobrino. Uno de sus compatriotas, Ssá'ad, pasó á verla, permaneciendo junto á ella algún tiempo. Trajo consigo una camella denominada Ssarab, la que llevó á pastar cierto día con los camellos de Schessás, bajo cuya protección vivía, al mismo prado en que pastaba el rebaño de Kuleib. Este había salido á visitar sus prados y vió una alondra empollando sus huevos que al divisarle empezó á piar y á sacudir azorada sus alas. Kuleib estaba de buen humor, y exclamó: «Desecha tu temor; tú y tus huevos quedáis bajo mi amparo y nadie se atreverá á haceros daño.» Cuando poco después volvió á pasar por el mismo sitio, observó la huella de un camello que no le era conocida y que los huevos estaban pisoteados, por lo cual regresó airado á su casa. Al día si-

guiente, yendo con Schessás á recorrer los prados comunes, descubrió á la camella de Ssá'ad, suponiendo inmediatamente que esta había aplastado los huevos, por lo cual le dijo: «Ten cuidado; sospecho algo; si lo supiera de cierto, tomaría mis medidas para que esa camella no viniera más aquí con el rebaño.» Estas palabras desagradaron á Schessás, el cual replicó: «Sin embargo, ¡vive Dios! que así como vino la primera vez volverá otra.» En esta forma continuó la disputa, hasta que Kuleib amenazó con disparar una flecha á las tetas de la camella si volvía al prado, á lo que contestó Schessás: «Si tú le atraviesas las tetas con tu flecha, yo te atravesaré los lomos con mi lanza.» Después se llevó sus camellos, y Kuleib regresó furioso á su casa. Su mujer, Schelila, hermana de Schessás, conoció que estaba enfadado, y preguntándole repetidas veces el motivo, dijo él, por fin: «¿Conoces tú alguno que osara defender á su protegido contra mí?» Ella replicó: «Nadie, fuera de mi hermano Schessás.» Kuleib no quería creerlo y lanzó un punzante epigrama contra su cuñado, el cual no dejó de contestarlo, y así, durante algún tiempo, se cruzaron entre ambos todo género de sarcasmos, hasta que salió un día Kuleib para ver los camellos. Estos, en aquel momento, eran conducidos al abrevadero, yendo delante los de Kuleib; mas Ssarab, la camella de Ssá'ad, que iba entre las reses de Schessás, echó á correr precipitándose al agua la primera. Esto llamó la atención de Kuleib, y se le dijo que era la camella del forastero; entonces supuso que Schessás la había soltado para darle en ojos y cogiendo su arco le disparó una flecha á las tetas. La camella corrió bramando hacia su cuadra, situada junto á la tienda de Schessás; vióla Besús, é indignada por el daño causado á la propiedad de su pariente exclamó: «¡Oh qué afrenta! ¡Oh qué afrenta hecha al huésped!» para excitar á Schessás á vengar el mal causado á su protegida. En vano se esforzó Schessás por tranquilizarla con la promesa de una rica indemnización, pues ella continuó uno y otro día hostigándole y echándole en cara, con dichos y versos sarcásticos, que el huésped no encontraba bajo su techo la protección que todo hombre de honor debía al forastero á quien recibía en su casa, hasta que Schessás prorumpió diciéndole: «¡Calla de una vez, mujer, mañana habrá un sacrificio cuya muerte tendrá más precio para Wá'il (esto es, Bekr y Táglib, véase anteriormente) que tu camella!» Esto fué comunicado á Kuleib, el cual lo interpretó como una amenaza á su camello favorito, pensando solamente que si semejante cosa se atrevía á hacer Schessás le saldría muy cara. Sches-

sás, desde aquel momento, espío á Kuleib y cuando le halló sin armas se adelantó y le dijo: «¡Prepárate, que te voy á matar!» Mas Kuleib respondió: «Si dices la verdad, ponte delante,» porque era tan orgulloso que nunca creyó que valiese la pena de volver la cara por nadie. Schessás, sin embargo, le atravesó por la espalda con su lanza, dejándole tendido en tierra. Entonces emprendió la fuga. Su padre, que en aquella sazón estaba reunido delante de las tiendas en asamblea con los varones de Scheiban, subtribu de los Benu-Bekr, le vió venir corriendo de lejos, y dijo: «En verdad que Schessás ha hecho algo terrible;» y luego le preguntó: «¿Qué traes?» contestándole el otro: «He matado á Kuleib.» El padre dijo: «Pues así, tú solo pagarás el delito; tú serás cargado de cadenas, para que así te puedan matar los parientes de Kuleib. Y á pesar de todo, ¡en verdad que nunca más estará unido Wá'il (esto es, Bekr y Táglil) para los fines comunes despues de tal muerte de Kuleib! ¡Oh qué has acarreado á tu pueblo, oh Schessás! ¡Muerto has á su jefe y dividido su comunidad y guerra has traído á su seno!» Pero Schessás se vanagloriaba de lo que había hecho. Su padre entonces lo ahorreó y lo condujo á una tienda. Allí convocó á los ancianos de todas las subtribus de Bekr y les dijo: «¿Qué queréis hacer de Schessás? Ha matado á Kuleib; aquí lo tenemos encadenado, esperando que los llamados á vengar la familia nos pidan su entrega.» Mas los representantes de su tribu se niegan á la entrega del asesino: con razón ó sin ella, la honra de la tribu quedaria rebajada si no fuese protegido contra sus perseguidores. De esta suerte la alianza, tan estrecha hasta entonces, de las tribus hermanas se rompe y comienza una guerra desastrosa, que, si bien interrumpida por varias treguas y hasta por nuevas alianzas transitorias para combatir á enemigos comunes, solo termina al cabo de 40 años por medio de una paz duradera.

Si bien esta *Guerra de la Besís* se hizo proverbial tanto por su origen como por su duración, tiene también derecho á igual celebridad otra guerra fratricida entre tribus de un origen común que tuvo efecto algunos años despues (hacia el año 560), y su causa no es menos característica de la antigua Arabia que la que acabamos de referir. Por aquella época moraban en la Arabia central grandes grupos de tribus designados con el nombre de los Benu-Keis, entre los cuales ocupaban lugar preeminente los Benu-Gatafan. De estos últimos eran las más importantes subtribus los Benu Abs y los Benu-Zobian, unidos también estrechamente por la comunidad de origen. El jefe de los Abs era Keis, hijo de Sojeir, y tenía un caballo llamado Dajis, célebre por su velocidad. Un día uno de sus primos, que había ido á visitar á los jefes de los Zobian, examinaba los caballos de estos, entre los cuales había una yegua, Gabrá, que le fué especialmente encomiada. No le pareció, sin embargo, que pudiera compararse con el caballo Dajis; su opinión fué contradicha y se llegó al caso de proponer que ambos animales corriesen en competencia: diez camellos debían ser el valor de la apuesta, los cuales, naturalmente, se adjudicarían al dueño del vencedor. Keis se sintió mal impresionado cuando se le refirió el suceso, opinando que las apuestas no traen consigo nada bueno. Conocía, además, el carácter de los de Zobian, cuyos principales jefes se habían mostrado más de una vez violentos é injustos, y previendo que podría resultar algún perjuicio, se trasladó al campamento de estos para deshacer la apuesta. Pero el propietario de Gabrá, Jozeifa, y su hermano Hamal, caudillos á quienes competía, se negaron, opinando que si él no consentía en dejar correr á su caballo, se entendería desde luego que reconocía su inferioridad, debiendo, por lo tanto, pagar los diez camellos. Irrita-

do Keis, contestó que no pasaba por ello, y que si en todo caso la apuesta había de efectuarse, debía ser de mayor consideración. Despues de alguna discusión, se convino en que la apuesta consistiera en cien camellos y se fijó la distancia en cien tiros de flecha, ó sean unas tres millas. Keis y Jozeifa entregaron cada uno cien camellos á un árbitro, se dejó á los caballos sin abreviar durante un par de días, llenóse de agua un foso junto á la meta, y se estipuló que el animal que apagara primero su sed en aquel abrevadero sería considerado como el vencedor. En el día fijado se reunieron en el lugar de la carrera muchos espectadores de ambas tribus, siendo muchos más los de Zobian, en cuyo territorio debía efectuarse la apuesta; á una señal convenida fueron dejados en libertad ambos caballos, que se alejaron con la rapidez del viento del punto de partida, de tal modo que Keis y Jozeifa, que montados en otros animales corrían junto á la pista para observar la carrera, solo podían seguirla á una distancia cada vez mayor. Al principio, el terreno, que había sido propuesto por Jozeifa teniendo particularmente en cuenta la especial manera de ser de su caballo, parecía favorecer á Gabrá, pero tan luego como el terreno firme fué desapareciendo y presentándose el arenoso, manifestó Dajis mayor resistencia y ganó considerable ventaja. Ya hacia tiempo que habían desaparecido de la vista de sus dueños y se acercaban, Dajis el primero, á la meta, cuando de repente saltaron dos hombres de Zobian de la emboscada dispuesta por el taimado Hamal, y dando fuertes golpes en el hocico á Dajis, que pasaba veloz como el relámpago, le obligaron á abandonar la pista, asegurando de este modo á Gabrá la más pronta llegada al abrevadero. Pero no faltaron testigos de tan indigna treta; y, cuando poco despues llegó Keis con Jozeifa, supo en el acto de qué modo se había arrebatado á su corcel una victoria que ya no podía disputársele. Contuvo su cólera, los Abs estaban allí en minoría, y dijo tranquilamente á Jozeifa y á Hamal:

—Hijos de Bagid, — así se llamaba el tronco común de ambas tribus, — entre hermanos la injusticia es el peor de los males. Dadnos, pues, lo que hemos ganado.

—No habeis ganado nada.

—Dadnos á lo menos la parte de camellos que nos corresponde.

—No.

—Siquiera un camello, para obsequiar á los que han llenado el abrevadero.

—Un camello ó cien camellos es igual: equivaldría á reconocerlos como vencedores, y eso no lo consentiremos nunca, pues que no hemos sido vencidos.

En vano intenta un hombre imparcial de los de Zobian impedir el rompimiento inminente proponiendo una mediación: es inútil; Keis se aleja con los Abs convencido de que se le ha engañado indignamente. Para vengarse, mata en la primera ocasión á un hermano de Jozeifa, con lo cual se enciende la guerra fratricida entre las dos tribus. A esta guerra también atribuyen los narradores árabes una duración de 40 años. Desde antiguo la cifra 40 es un número redondo en Oriente, no importando nada una década más ó menos. En esta larga guerra mata el mismo Keis á los dos hermanos Jozeifa y Hamal, pero también perece gran número de los más distinguidos Abs. Por fin, ambas tribus se cansan de tan duradera enemistad; pero entre ellos hay muchísimos muertos, y «la sangre pide sangre,» y «un ojo otro ojo» y «un diente otro diente,» según la implacable ley del Desierto. Entonces se presentan dos nobles de Zobian, Hárith Ibn Auf (1) y Hárith Ibn Sinan, dispuestos á faci-

(1) Esto es, hijo de Auf. Los árabes no tienen apellidos y es corto

lar la reconciliación de las tribus por medio de un gran sacrificio personal. Proceden á hacer el recuento de los muertos de una y otra parte y demuestran que solo hay un cierto número cuya sangre no está aun vengada. El código de honor de la Arabia concede ciertamente á los parientes del muerto la venta del derecho á la sangre del matador; raras veces, y, por cierto, de no muy buen grado, se consiente en tal venta. Pero en este caso era tan general la necesidad de la paz, que todos se conformaron cuando los mencionados nobles se ofrecieron á indemnizar á todos los que tuvieran todavía derecho á reclamar venganza, mediante el número correspondiente de camellos (pocas veces se encuentra oro ó plata en el desierto). Para lograr este resultado se vieron en la precisión de desprenderse de 3,000 de estos útiles animales, ejemplo extraordinario de generosidad y largueza hasta en personas de la clase rica á los ojos del codicioso árabe. Así se realiza, finalmente, la obra de la paz, aunque no sin incidentes que aun en los últimos momentos amenazaron malograrla. El único que se excluye es el anciano Keis Ibn Soheir, cuyo funesto caballo fué causa de la contienda. No quiere esto decir que se opusiera á la paz, ya que fué el primero en aconsejar á los Abs que aceptasen la oferta de los dos nobles zobianitas, pues aquella guerra se había hecho demasiado terrible hasta para un beduino primitivo. «No podría soportar, —dijo,— la mirada de ninguna mujer de Zobian despues de haber arrebatado á casi todas ellas ó un padre, ó un hermano, ó un esposo, ó un hijo.» En su consecuencia, pasando el Eufrates con sus más íntimos allegados, fué á reunirse con los Benu-Námir, descendientes como él de Wá'il, que habitaban entre los cristianos de la Mesopotamia; allí debió de hacerse cristiano y acabó, por fin, su vida como fraile en el lejano Omán (Arabia del Sudoeste). De las peripecias de esta guerra hallamos muchos datos todavía en las poesías compuestas con entusiasmo en todo tiempo por los más distinguidos guerreros de todas las tribus árabes, los cuales, como los trovadores provenzales, no peleaban menos con las canciones que con la espada; poesías traducidas al alemán 1300 años despues por Rückert. Pero el rasgo generoso de los fundadores de la paz fué cantado por uno de los primeros poetas de la época, Soheir Ibn Abi Ssulma, en una gran composición, incluida posteriormente en la colección de Moallakat (véase más adelante) y traducida igualmente por Rückert (*Hamása*, I, 147) (1).

Si estas antiguas poesías dan fe, por un lado, de la realidad histórica de determinados períodos en las narraciones procedentes de la época anterior á Mahoma, por otro tene-

el número de los nombres propios. De aquí que las distinciones individuales se hagan por medio de sobrenombres, designando á cada uno como X hijo (Ibn) de Y ó padre (Abu) de Z, ó como el de la tribu N ó el de la ciudad A; en tiempos posteriores se usan también con frecuencia sobrenombres compuestos por lo general con *din* (religion), como Saladdin (mas exacto *Ssalah-ud-din*, «pureza de la religion,» y otros por el estilo. Un nombre completo, según la forma antigua, es, por ejemplo, *Abu'l-kásim Mohammed Ibn Abdallah El-Háschimi*, esto es: «el padre de *El-kasim*, Mohammed, el hijo de *Abdallah*, de la familia *Háschim*.» A menudo sirven también para más marcada individualización toda clase de sobrenombres, en parte derivados de la profesion que ejerce el interesado (por ejemplo: *El-Hariri*, «el negociante en sedas,» *El-Tajan*, «el molinero»), en parte de señales físicas (*Ed-Dazir*, «el ciego,» *El-A'aradsch*, «el lisiado,» compárese *Ciceron, Nasica*) ú otros análogos. Casi siempre el individuo es conocido ó designado por uno solo de sus muchos nombres. La designación *el* en algunos de estos nombres, despues de vocales, *'l*, es, como ya se sabe, el artículo árabe, cuya *l*, sin embargo, pierde su sonido delante de las letras *d, n, r, t, s, z* y toma el de la consonante que sigue; de ahí, como arriba, *El-Háschimi* y *Ed-Dazir*.

(1) *Hamása* ó las más antiguas canciones populares árabes, coleccionadas por Abu Temmám, traducidas y comentadas por Federico Rückert. Dos tomos, Stuttgart, 1846.

mos bastantes indicios de que la siempre activa formación de la leyenda solo ha dejado llegar hasta nosotros un conjunto de muchos modos desfigurado y modificado. A esto debe agregarse que las causas y el desenvolvimiento de las interminables enemistades de las diversas tribus son siempre los mismos, correspondiendo, siempre también, á lo que precisamente parece ser lo típico en las historias ya referidas. Las he transcrito, pues, no como hechos reales de importancia histórica sino como perfectamente características del modo de ser de los beduinos, elemento el más vigoroso y especialmente propulsor de la nación árabe. Con semejantes tradiciones podrían llenarse muchos volúmenes; pero nosotros tenemos suficiente con las dos relatadas, que pueden dar una idea del genio del beduinismo, de la tenacidad y del arrojo, del exagerado sentimiento del honor y de la magnanimidad que de este procede, así como de la codicia y de la doblez del árabe del desierto; idea más clara que largas disertaciones de carácter etnogenético-psicológico. Sobre todo, nos ponen de manifiesto por modo evidente dos cualidades de este notable pueblo, cualidades que, en todas partes donde moran beduinos, han servido de obstáculo desde antiguo á la formación de Estados, á saber: la desenfrenada excitabilidad de sus pasiones y el personalismo que engendra la exagerada y particular apreciación de la fuerza individual, dos defectos imposibles de desarraigar, que singularmente en los celtas, desde siempre, y en los italianos, durante siglos, han imposibilitado toda existencia nacional tolerable.

Está en la naturaleza de las cosas que estos defectos lleguen á su más alto grado de desarrollo con la vida en el desierto, la cual precisamente impone las mayores exigencias á las cualidades personales del individuo y solo á estas concede el triunfo. Asimismo, las condiciones del desierto son las que impiden no solo el paso de la vida nómada á la sedentaria sino también toda organización social y toda vida pacífica entre diversos grupos de pueblos. Allí donde la división en provincias y comarcas, y hasta toda topografía, está escrita sobre el lomo de los camellos, no es posible el gobierno; allí donde la pérdida total de una ya escasa cosecha obliga á robar al vecino, no es posible mantener la paz. Así era el beduino hace mil trescientos años y así es hoy: ola en medio del mar juguete de encontrados vientos, sin hallar nunca reposo, que ya choca con su vecina, ya se confunde con ella, ya se deshace en blanca espuma.

Este beduinismo, no obstante, no abraza en toda su extensión la gran península cuya superficie equivale aproximadamente á la cuarta parte de Europa. El mismo desierto sirio, que limita la Arabia por el Norte, y la extensa tierra alta cruzada de montañas en el interior que hacia el Este y al Sur descende otra vez formando mesetas en dirección del desierto, cerrada al Oeste por una cordillera áspera y escarpada, son el verdadero terreno clásico del legítimo arabismo. El Nedschd (*en-nedschd*, «la tierra alta»), como lo llaman los árabes, dada la carencia casi completa de división territorial, se encuentra en realidad aislado en su mayor parte por aquellas fronteras naturales, y por lo mismo solo dos veces ha tenido que ver hasta ahora con el resto del mundo y su historia: una, poco despues de Mahoma, y otra, á mediados del pasado siglo, cuando la revolucion de los wahabitas hizo rebosar de nuevo momentáneamente la caldera, siempre en ebullición. Pero en los límites que rodean este centro, se hacen sentir con mayor facilidad las influencias vivificadoras del mar y de la vecindad de otras naciones; y así encontramos ya allí, antes de Mahoma, varios conatos de organización social, conatos que, ciertamente, con una sola excepcion, demostraron con el tiempo tener levadura beduina, esto es, algo inseguro y voluble.

En el Norte la vecindad de los dos grandes imperios de Persia y Constantinopla ejerce una especie de atracción magnética sobre las tribus árabas fronterizas, dando lugar á la formación de dos *reinos*, que, para no salir de la metáfora, mas parecen limaduras de acero apelonadas que una bien dispuesta máquina gubernativa. Esto sucedió del modo siguiente.

El gran desierto sirio, esto es, los pocos oasis del desierto que ofrecían medios de existencia á los nómadas estaba en poder de los beduinos. A él tocaban por ambos lados del triángulo, en cuya forma, á manera de cuña, se introduce entre Siria y Mesopotamia, tierras de antiguo cultivo y de una riqueza que debía aparecer fabulosa á los beduinos, poco acostumbrados á las necesidades de la civilización pero que precisamente por lo mismo eran un constante incentivo á su rapacidad. Por eso encontramos, hasta donde llega la tradición histórica, á los soberanos de Persia y Siria esforzándose en oponer un dique á las correrías de las tribus árabas del desierto; y como perseguir las algaras, que siempre se presentaban por sorpresa y que después de consumada la algarada desaparecían con la rapidez del rayo sobre las «naves del desierto» en su mar de arena, era tan difícil como lo fué para los romanos de Craso defenderse contra los partos, debióse proceder como aun hoy día lo hacen los turcos en aquellas comarcas, es decir, estableciendo en la frontera del desierto estaciones militares bien fortificadas que ofrecen apoyo seguro á la autoridad del Estado, y procurando atraer amistosamente bajo las banderas del propio ejército, con la paga debida y la perspectiva de rica presa en las guerras extranjeras, á cierto número de tribus turbulentas, para rechazar con ellas las incursiones de las otras ó imponerles rápido castigo. De este modo aparecen tribus árabas como guardas de la frontera, así contra el desierto como contra el vecino Estado enemigo, habiendo ya comenzado entonces las interminables guerras entre romanos y persas, que tuvieron por consecuencia necesaria que los primeros penetraran hasta mas allá del Eufrates. Ya 300 años antes del nacimiento de Mahoma se elevó un caudillo árabe (1) á soberano efectivo de una gran parte del reino, desde el puesto de guarda romano de la frontera en Palmira. Fué este Odehina, á quien los romanos llaman Odenato, y que protegió enérgicamente al Estado contra los Cosroes de Persia en los peores tiempos de las guerras civiles ocurridas con motivo de las rivalidades por el trono, llevando de nuevo el terror de las armas romanas hasta el corazón mismo del imperio persa y llegando á conquistar en el año 265 después de Cristo la capital, Ctesifonte. No gozó mucho tiempo su título de rey, que le concedió el agradecido Galieno, pues á fines de 266 fué asesinado por instigación del partido nacional romano, al cual amenazaba con su preponderancia. El hecho no aprovechó á los instigadores: su esposa Bath Sebina, ó, como la llamaban los romanos, Zenobia, hizo una tentativa, que estuvo á punto de realizarse, para fundar un gran imperio heleno-oriental, como lo había sido el de Cleopatra. En el año 271 hizo prestar homenaje á su hijo Wahballat como César Augusto desde Egipto hasta el Asia menor. Corto fué el esplendor de este nuevo imperio: en 273 sucumbió bajo los terribles embates de Aureliano, después de haber estado indeciso el resultado definitivo. Palmira volvió á ser lo que había sido: una insignificante ciudad fronteriza del desierto, mas de la

(1) Sé muy bien que la nacionalidad árabe de los Septimios no puede demostrarse con entera seguridad, pero yo sostengo su probabilidad de acuerdo con las conclusiones de Blau. Respecto de las guerras entre romanos, ó sea bizantinos, y persas, respecto de Odenato, etc., etc., véase en esta misma colección la *Historia del Imperio romano*, de G. Hertzberg, y la *Historia de los Bizantinos*, del mismo autor.

memoria del pueblo árabe no han desaparecido por completo los grandes hechos por medio de los cuales, y por vez primera, uno de sus hijos, esto es, una mujer admirable, de sentimientos varoniles y sangre árabe, introdujo su nación en la historia universal. Estos hechos, notablemente entrelazados con la leyenda de Zopiro, que como es sabido es común á varios pueblos, se reproducen en la de las tribus árabas. Creemos, pues, que vale la pena de ofrecer aquí el extracto de esta versión característicamente desfigurada.

Hacia la mitad del siglo III después de Cristo, según aquella leyenda, vivía Schazima como rey de las tribus árabas comprendidas bajo el nombre común de *tenuchitas*, que ocupaban el territorio á ambos lados del Eufrates inferior, á lo largo del desierto sirio, porciones de la provincia persa de Irak, y ejercía la soberanía en este distrito fronterizo en nombre de Ardeschir, hijo de Papak y primero de los reyes persas Sasánidas. Con su territorio confinaba el de Amr, biznieto de Odehina (Odenato), el cual como caudillo de los beduinos, que poblaban desde el Eufrates septentrional hasta el desierto, había fundado allí una dinastía. Suscitóse una guerra entre los príncipes vecinos en la que Amr perdió la vida. Apoderóse su rival de una parte de sus tierras; mas levantóse contra este una mujer, Sebbá, que según algunos era hija de un rey de Mesopotamia y esposa del difunto Amr, y según otros una romana, conocedora de la lengua árabe; pero en la opinión mas general era la hija del mismo Amr, y, por lo tanto, de la casa de Odehina. No solo era la mujer mas hermosa y perspicaz sino también la mas fuerte y valerosa del mundo. Empleó sus tesoros en alistar tropas romanas, con las cuales cayó sobre Schazima y le arrojó de las provincias conquistadas.

Para asegurar su territorio contra nuevos ataques, construyó en ambas orillas del Eufrates dos fortalezas, una frente á otra, que se comunicaban por medio de una galería bajo el cauce del río. Allí acostumbraba á pasar el invierno en medio de sus tropas, teniendo ella el mando en una de las fortalezas, y Seinab, su hermana, en la otra; durante el verano residía en Palmira. Después de haber asegurado en todas partes su dominio, pensó vengar en Schazima la muerte de Amr. Envióle un mensaje diciéndole que manos de mujer eran demasiado débiles para sostener las riendas del gobierno y que no conociendo otro príncipe tan digno de ella como él, le ofrecía reunir ambos Estados por medio del matrimonio. Si á esto se convenía, le suplicaba que fuese á verla para tratar personalmente lo concerniente al asunto. Ofuscado por esta perspectiva halagüeña, Schazima menospreció las advertencias de su prudente consejero Kasir y se puso en camino con reducido acompañamiento. Cuando se presenta á la vista el numeroso grupo de jinetes que Sebbá envía á recibirle, le advierte de nuevo Kasir: «Si esos jinetes se adelantan hacia tí en columna cerrada, será señal de que vienen á saludarte; pero si se extienden á un lado y á otro, es evidente que quieren rodearte y hacerte prisionero; en este caso salta sobre tu yegua El-Asza y escapa.» El-Asza era el caballo mas veloz del mundo. Pero Schazima tampoco se curó del prudente consejo; dejóse rodear, arrancar de su cabalgadura y prender. Kasir, entretanto, montó á toda prisa á El-Asza, la cual corrió todo el día sin que la pudieran dar alcance, y así condujo en seguridad á su jinete hasta el campamento de Schazima, á cuya entrada cayó muerta. El rey prisionero fué conducido ante Sebbá. «¿Cómo quieres morir?—Como rey,» dijo él. Entonces mandó ella que le sirvieran manjares y vinos; y cuando empezó á estar embriagado, las mujeres que le servían lo colocaron sobre una alfombra y le fueron abiertas las venas. Ahora bien, los advinos de Sebbá le habían dicho que la muerte de Schazima

sería vengada en ella si una sola gota de su sangre caía fuera de las tazas dispuestas para recogerla. Sucedió, pues, que el moribundo rey movió de improviso un brazo y salpico de sangre una de las columnas de mármol del aposento. E fatal augurio no dejó de cumplirse.

El sobrino é hijo adoptivo de Schazima, Amr, hijo de Adí, que había heredado la soberanía sobre los árabes del Irak, y que había fijado su residencia en la ciudad de Hira, tomó inmediatamente la resolución de perder á Sebbá. Pero ¿de qué modo? «¡Ella es tan difícil de alcanzar como el águila en las nubes!» Kasir se ofreció para un acto de abnegación. Se hizo cortar la nariz y se presentó á Sebbá diciéndole que así le había mutilado el nuevo rey, el cual le acusaba de desleales inteligencias con los enemigos de Schazima. La reina se fió de las apariencias, y por medio de algunas pacíficas empresas que la proporcionaron grandes beneficios, supo el astuto Kasir captarse toda su confianza. De esta suerte pudo averiguar la existencia de la comunicación subterránea entre las dos fortalezas y decidió sacar provecho de este secreto. Cierta día, como ya había sucedido otras veces, se dirigió á paso lento una caravana de mil camellos hacia la fortaleza, desde cuyas almenas la miraba Sebbá extrañándose de la pesada carga que en dos grandes sacos conducía cada animal. Cuando el último camello hubo pasado la puerta de entrada observaron los centinelas que los sacos ocultaban hombres armados: pero era demasiado tarde, porque Amr y sus compañeros se habían despojado ya de la cubierta que los envolvía y se apoderaron de la guardia. Sebbá quiso escapar por la galería subterránea, pero Kasir se le había adelantado y le cerró el camino; ella retrocedió, pero entretanto el mismo Amr ocupaba ya la entrada, viéndose perdida entre ambos enemigos. Entonces gritó: «¡Por mi mano y no por la de Amr!» y tomó un veneno muy activo que llevaba constantemente consigo en una sortija, dando apenas lugar á que la espada de Amr acortara sus últimos momentos.

Con facilidad se vuelven á encontrar en esta narración los rasgos mas importantes de la historia de Zenobia, si bien desfigurados y adaptados al genio beduino. La misma Zenobia, pues Seinab es igual nombre, ha quedado reducida á una figura secundaria, y en Sebbá debemos reconocer á su general sirio Sabdai (1), cuyo nombre sería seguramente mas temido de la población árabe fronteriza que el de su propia soberana, con el cual ha sido sustituido. La muerte de Odenato en el banquete se ha referido al adversario de Sebbá; la galería subterránea corresponde á la abertura secreta de la pared por la cual Zenobia procuró huir de Aureliano. Pero lo que ha quedado subsistente en la versión beduina es la correspondencia del antiguo contraste de los árabes sirio-romanos frente á los irako-persas. Que las tropas romanas formaron en este caso en la comitiva de la princesa árabe, ha quedado indeleble en el orgullo nacional de los árabes, pues generalmente sucedía al revés. Por los datos que han llegado hasta nosotros de la situación de Siria bajo el dominio posterior romano y el bizantino, vemos que las tribus árabes de la frontera del desierto estaban á sueldo del gobernador de Siria; mas como ellas, en calidad de beduinas libres, no podían soportar el mando extranjero, estaban bajo príncipes indígenas, filarcas, como los llaman los historiadores griegos. Igual cordon fronterizo habían organizado por su parte los persas, compuesto de árabes irakenses, á lo largo del Eufrates bajo el mando de los reyes de Hira. Estos dos Estados vasallos se diferenciaban por varios conceptos en la manera de constituirse de las tribus árabi-

(1) Es el mismo *Zabdas* de Hertzberg.

gas del interior. Mientras que según esta última la autoridad del caudillo, del Jeque (2), descansaba en el reconocimiento voluntario de los miembros de la tribu, sin estar ligada á determinada sucesión hereditaria, vemos en los filarcas, así como en los reyes de Hira, una transmisión regular de la soberanía del padre al hijo ó de hermano á hermano. Tenemos, pues, establecidas en ambos Estados dinastías fijas: en Hira la de los Lachmidas, que son considerados como descendientes de Amr Ibn Adí, el vencedor de Sebbá-Zenobia, y en Siria la de los Gassanidas, familia de origen subárabe, que, según la tradición, había emigrado á Siria antes de la época de Zenobia, en cuyo tiempo había ya adquirido cierta importancia. Sin embargo, no puede asegurarse que estos datos sean completamente verídicos, pues ya hemos visto cómo es tratada la historia de aquel antiguo tiempo por la tradición árabe. La única fuente de comprobación son las noticias que se encuentran por azar en los historiadores bizantinos ó su coincidencia, no menos casual, con datos conocidos de otro origen sobre la historia de Oriente. Por lo que respecta á los Gassanidas, ambos sistemas de comprobación pocas veces son aplicables. Tenemos que contentarnos con esto, pero en ningún caso se debe seguir la cronología formada después por historiadores árabes con sincronismos calculados *á posteriori*, tanto por lo que se refiere á los Gassanidas como á la historia de Hira, cronología que mas de una vez ha sido desvirtuada por algun dato de origen mas fidedigno.

Las circunstancias análogas en que reinaron ambas dinastías dan, por consiguiente, á su historia cierta semejanza. Ambas deben la solidez relativa de su autoridad sobre las turbulentas masas beduinas, menos al respeto que en circunstancias normales debía ciertamente imponer el peso de la potencia soberana á esta población fronteriza, que á las incesantes guerras romano-persas que ofrecían ocasion constante para correrías provechosas, condicion bastante incitadora para mantener bajo las banderas de aquellas dinastías hasta á los indomables hijos del desierto. De esta suerte su situación era de continuo bastante independiente, á lo menos siempre que aquellas dos grandes potencias se veían obligadas á contar con su apoyo y no estaban en posición de castigar en el acto cualquier exceso. Cuando podían hacerlo, tanto los reyes persas como los gobernadores bizantinos, se imponían, destituyendo al caudillo desobediente, y, hasta en ocasiones, desterraban temporalmente á la dinastía. Pero en definitiva volvían á entenderse, porque ni los árabes podían existir en su limitado terreno del desierto independientemente del interior de este, ni ambas potencias podían prescindir de ellos durante mucho tiempo. Lo peor para estas era, no obstante, que su creciente debilidad, debida tanto á la decadencia interior como á las guerras con que mutuamente se destruían, no podía pasar inadvertida para sus perspicaces aliados, y que estos, entretanto, á causa de sus repetidas correrías, en que á veces llegaban hasta el interior de los Estados enemigos, se iban acostumbrando mas y mas á la idea de considerar á romanos y persas como botín fácil y provechoso para las armas árabes. Solo recientemente se ha visto con mas claridad cómo de esta manera Constantinopla y Ctesifonte contribuyeron á dar importancia á los árabes. Hasta los que vivían mas allá del desierto sirio, á cuyos oídos no dejaban de llegar los rumores de las proezas de sus compatriotas, debieron de perder gradualmente el temor á los dos grandes Estados que antes habían extendido su influencia hasta muy

(2) La verdadera significación de esta palabra es *anciano*, *viejo*; de aquí: «el mas anciano,» «el cabeza de una comunidad.»